

# los españoles pintados por y para sí mismos

JOSE LUIS L. ARANGUREN

SI, tiene razón José Antonio Maravall al felicitar-se de que no se trate aquí de «el» español (lo que en el fondo era un ingenuo y no demasiado grave modo de tipificación: cuando yo era chico era moda decir: «El inglés siente...», «El alemán piensa...», «El francés dice...», etc.) ni, lo que sería mucho más grave, de «lo» español. «Lo» español ha sido la forma, entre castiza y, en sus peores momentos, «folklórica», que cobró el «problema de España» desde Ganivet (o antes, como señala certeramente Tuñón de Lara) hasta Unamuno y luego Américo Castro, con la participación de Ortega y, en general, de todos nuestros «grandes pensadores». La idea herderiano-romántica del espíritu de los pueblos se transformó, un siglo después, en la de la psicología de los pueblos y el «carácter nacional». Carácter nacional español, para denigrarlo o para complacerse en él, oponiéndole a «lo» europeo. Yo quizá no rechazaría tan vivamente como Maravall el tópico del carácter nacional con tal que: 1) se considerase como función de las circunstancias o condiciones ecológicas y económicas; 2) en cuanto que éstas pueden cambiar, y de hecho cambian, se relativizan históricamente, y con ellas el carácter, y 3) se estudiara sirviéndose de los métodos de las ciencias sociales.

Claro que entonces, más que de «carácter», habría que hablar de «actitud», «mentalidad» e «imagen». Y, en definitiva, de estas cosas es de las que se trata aquí. O, dicho de otro modo, de «los españoles», de cómo se han visto, de cómo —igual que en un retrato o ante el espejo— han querido verse (o no han querido verse), de cómo, igual que en el caso del retrato de Picasso, haciéndose y deshaciéndose, han acabado por parecerse a la imagen que de ellos mismos se habían forjado (triumfalistas nostálgicos de las heroicas grandezas patrias, pícaros, voceros de la «España eterna», plebeyistas frailunos, «los que no pueden ser otra cosa», «una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo», lo que no empecería a la conciencia de la postración de España o, según el mismo autor, al «amamos a España porque

no nos gusta» o, en fin, triunfalistas baratos que se creen su autopropaganda hoy).

Imagen de los españoles que es en realidad, cuando menos, doble imagen: cómo se vieron ellos y cómo les vemos nosotros, sus patriotas. Por otra parte, cómo han sido vistos desde fuera de ellos mismos por los extranjeros (tarea aquí de Caro Baroja) y por los extranjerizados o extrañados, los exiliados (*case-study* de Blanco-White, traído oportunamente a estas páginas por Juan Goytisolo) y, desde dentro, según las distintas épocas.

A partir de la época moderna. (Lo anterior nos es presentado por Paulino Garagorri sólo en cuanto refractado en el pensamiento de Américo Castro y de Claudio Sánchez-Albornoz). No, ni siquiera. El siglo XVI, como el sueño del caballero adolescente, ofrecía aún muchas posibilidades que no habían de realizarse (la «oportunidad», recordada aquí por Jiménez Lozano, del erasmismo, la «reforma castiza» añorada por Unamuno, la plena europeización española moderna, tan verosímil entonces, según ha mostrado Maravall en esa excelente *summa* que es su reciente libro *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*. A partir del resultado de la Contrarreforma y de Trento, a partir del 1600. A partir, en suma, «de una época que muchos estamos de acuerdo en llamar barroca».

Y puesto que estamos hablando de las «imágenes» históricas de los españoles, no será inoportuno aludir a las dos grandes visiones contemporáneas de la historia de España. Llamaría a la primera, que personifica por excelencia Américo Castro, «existencial», y espero que se me entienda sin necesidad de mayores explicaciones. Del método estructuralista aplicado a la historia he hablado en *El marxismo como moral* con referencia a Braudel. ¿No cabría decir que Maravall en historia política, como Gonzalo Anes en historia económica, son quienes más consecuentemente parecen adoptar y adaptar este modelo entre nosotros?

Pero volvamos a tomar el hilo del barroco, en el que, por debajo de la «propaganda» (véase el otro



libro reciente de Maravall, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*), laten la irritación y la protesta, la denuncia y la sátira, la rebeldía sofocada, la conciencia de decadencia y desintegración y el surgimiento de estilos inconformistas de vida, el picaresco y el de los que podríamos llamar «hippies» del XVII, jóvenes de largas melenas que, procediendo de familias acomodadas, se dieron por gusto a la vida picaresca o al abandono de la urbana y civil. El acopio de expresivas citas que hace Maravall viene a enriquecer la bien compuesta antología de Abellán. La última, que cierra su artículo, tiene valor de aplicación recurrente: «No parece sino que se han querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural». Encantados entonces por la cuasimagia de las glorias católico-hispánicas, presentadas con gran tramoya; entoncidos hoy por el eco retórico de ellas y, sobre todo, por el consumismo que, en efecto, «saca del orden natural».

El siglo XVIII, tratado aquí por Jiménez Lozano, racionalizó el sentimiento de crisis padecido en el siglo anterior y adquirió conciencia de su profundidad. No se trataba ya de la «culpa» de malos ministros o malos gobiernos, sino de un estancamiento, de una cerrazón de España a la ciencia y la filosofía modernas. Al optimismo ilustrado, en el fondo ingenuo, que, según pensaba, podía liberarse de «la piedra de cien arrobas encima» (también los textos recogidos por Jiménez Lozano son muy jugosos), se opondría ese terrible peso de la «España eterna» y su concepción «divinal» —teología política— del ser español. Creo que Jiménez Lozano ha hecho bien en traer aquí la evocación del caso de Olavide —tratado en su novelación histórica *El sambenito*— como testimonio de un «estilo de vida» intolerable para el tradicionalismo español.

Del «vacío» español de medio siglo XIX, ninguna descripción mejor que el no hablar de él o, como hace Goytisolo, remitirse, entre Larra y Bécquer, a las palabras de Sarmiento sobre la España de aquellos años. La manera como los españoles se pintaron entonces a sí mismos fue la del más superficial costumbrismo. Tuñón de Lara —que acaba de publicar el grueso volumen *El movimiento obrero en la historia de España*— retoma el hilo histórico en el tránsito, desde la Restauración, del siglo XIX al siglo XX. Frente al patriotismo zarzuelero, el estereotipo del carácter nacional, la definición del «ser» español y el tópico de la abulia española, muestra, a través de Salillas y Dorado Montero, perspicaces testigos de su época, la raíz socioeconómica de todo eso y ensalza en la Institución Libre de Enseñanza, el amor a la España real y la pasión de la educación (moral y estética no menos que intelectual). Las nuevas tendencias introducen así el pluralismo en la imagen de lo que sean los españoles. Me parece advertir en este artículo —digo en el artículo, no en el pensamiento del autor— un como liberalismo del que, en mayor o menor grado, yo diría que participan todos o casi todos los demás, lo que, un poco sorprendentemente, da una fisonomía bastante moderada al conjunto. Pero después volveré sobre eso.

No hay solución de continuidad entre el artícu-

lo de Tuñón y el de Elorza ni en los períodos a que se refieren, pues éste empieza donde acaba aquél. Los subperíodos, casi todos, se subtítulan con «el» libro (o el editorial, el lema, no me atrevo a decir «slogan») de la época, pone muy bien de manifiesto los estereotipos que durante el período han estado vigentes, exhuma textos primorriveristas del inefable José Pemartín, antecedentes de los ya comentados por Raúl Morodo y por sí mismo, muestra el nuevo acuñamiento, por obra de Acción Española, de las dos Españas, ahora bautizadas Patria y Antipatria, el carácter vergonzantemente fascista de la CEDA, el uso típicamente reaccionario por entonces de los adjetivos «nacional» y «español», la ambigüedad política de Ortega y el casticismo anarquista de *La Tierra*.

Me parece que el lector tiene en sus manos un cuaderno muy bien conjuntado, tal vez demasidado; conjuntado incluso en su limitación. ¿En qué consiste ésta? A mi juicio, en su carácter histórico, es decir, perteneciente al pasado. Los autores nos dicen que los españoles no son irremisiblemente esto ni lo otro. (Todos o casi todos se dedican a debelar el estereotipo del carácter nacional.) Nos dicen muy poco —y se comprende— sobre lo que son, serán, podrán ser o llegar a ser. También quienes nos hablan sobre los catalanes, los vascos, los gallegos. Solé-Tura, aparte de recordarnos el pensamiento de Almirall, no tan conocido entre los castellanos como debería, nos presenta la fórmula de Prat de la Riba, sin ir más allá, en contra de lo que esperaríamos de él. ¿Qué significa hoy ser catalán? ¿Qué representan «los otros catalanes», y los catalanes que siguen siendo catalanes antes que españoles, pero no antes que ninguna otra cosa, y la extrema izquierda y la nueva izquierda catalanas? Con el artículo tan barojiano y tan caro-barojiano de Luis Michelena aparece algo semejante, pese a la melodía tan diferente. La emprende, como todos, contra el lugar común del «carácter»; vasco ahora, toma el pelo, con razón, a don Salvador de Madariaga; perfectamente asimilado ya por la derecha española, documenta el amor a la libertad del pueblo vasco y se pregunta sensatamente si en el contraste entre el no muy alto gusto cultural que se achaca a los vascos y su alto nivel de instrucción general no habrá influido el hecho de haberse visto privados de Universidad. Pero de las actitudes, mentalidad e imagen de sí mismos que tienen los vascos ahora nada nos dice (y, repito, se comprende). Ni de cómo los vascos son vistos desde Castilla, desde el centro. Yo diría que la prevención —incluso entre gentes de izquierda— con respecto a los catalanes y, al revés, la simpatía (visceral más que reflexiva) entre las gentes de derecha hacia los vascos, incluso con respecto a la ETA, como se vio claramente cuando el juicio de Burgos, constituyen un fenómeno de *cross-culture* digno de ser estudiado con rigor psicosociológico.

El artículo de Méndez Ferrín viene a completar la trilogía «diferencial». Re caería en el estereotipo contra el que tanto se nos amonesta aquí si dijese que lo encuentro muy gallego (como muy vasco el de Michelena y muy catalán el de Solé-Tura). Ningún otro muestra el sentido del humor —soterrado— del suyo. La cultura neolítica, el mito celta, la historia del galleguismo —con el paradó-





Luis Vives, el «hombre-hispano-judaico» según Castro.



jico sentir a veces la lengua gallega como servil y autohumillante— desde el romanticismo hasta la actualidad y el «campesino eterno» contemplando desde el fondo intrahistórico —como diría Unamuno— su tránsito fugaz en espera de la disolución, que ya está ocurriendo, de la sociedad rural; todo eso y otras cosas más nos dice su autor, creo que con pesimismo, de los gallegos.

Mientras tanto, Caro Baroja nos cuenta cómo vemos a los extranjeros y cómo nos vemos los unos a los otros españoles. La verdad es que desde la imagen de *L'Espagne romantique* a la imagen actual de España no hay mucho trecho, y éste sólo cuantitativo, de grado. Lo que antes era la visión de una élite —la diferencia, señalada por Goytiso-lo, entre la visión inglesa y la visión francesa de España merecería ser desarrollada— es hoy la visión masiva (barata: preocupación de los planificadores de nuestro turismo) de un degradado paraíso soleado al alcance de todos los europeos y de unos cuantos —fuerza es reconocer que cada vez más— privilegiados españoles.

Apuntábamos antes que este cuaderno nos habla mucho y bien del pasado de los españoles, pero muy poco o nada de su presente y su porvenir. ¿Es un defecto del cuaderno, de su programación o del desarrollo de los respectivos temas por sus autores? No. Es —aparte razones que uno, demasiado de prisa, calificaría de extrínsecas— una limitación de la realidad española: la cerrazón de su horizonte, que impide hacer, futurológicamente, otras predicciones que las limitadas a la proyección del presente —con su enorme carga de pasado pesando sobre él y, por si fuera poco, recurriendo en nuevas-viejísimas oleadas, perió-

dicamente, una y otra vez— en el futuro o ni siquiera eso, sino más bien la detención del tiempo en un estático presente, mera prolongación del pasado. Ha habido épocas de dilatadas perspectivas hacia el porvenir. No así la nuestra. Por eso se comprenden bien el escepticismo que probablemente late en el fondo de casi todos estos trabajos, el pesimismo que hemos creído detectar en alguno de ellos y el refugio en la minimalista esperanza de un vago liberalismo, denominador común de todos. Me arriesgaría a aventurar que, en efecto, todos han sido escritos bajo la influencia, el impacto psíquico del triunfo aplastante de Nixon en las elecciones de los Estados Unidos.

Lo que va a ser de nosotros sólo en muy escasa parte, parece, va a depender de nosotros. No estamos atados a un carácter nacional o de «nacionalidad», es verdad, según se nos enseña aquí. Pero otras ataduras económico-políticas, nuestra pertenencia como satélites a un gran bloque de poder y los modelos culturales, morales y de comportamiento casi meramente conductista que desde él se nos imponen nos ciñen cada vez más estrechamente. Si las cosas siguen así, dentro de poco ya no tendremos que preocuparnos de qué quiere decir eso de ser catalanes, gallegos, vascos, españoles. Todo ello no será ya sino historia, por no decir arqueología, y un poco de «folklore» conservado para el consumo de los «europeos» y de los norteamericanos que, merced a la diligente iniciativa pública, es de esperar que visiten la Península, las islas Baleares y las islas Canarias cada vez más numerosa y frecuentemente. Españoles entonces ya no lo seremos sino *pintados para los otros*, en la gran sala turística de fiestas en que, para entonces, se habrá convertido por entero lo que fue una vez España. ■ J. L. L. A.